

PRINCESA

Por JOAQUIN CALVO-SOTELO

De la Real Academia Española

GRACE de Mónaco anuncia su vuelta al cine. La restauración ha triunfado en Hollywood. Su antigua princesa, que canjeó el trono de los Estudios por el de un país europeo, retorna a su mundo de partida y notifica a los periódicos que, dentro de pocos meses, interpretará una nueva película, en la que hará el papel de ladrona. A quienes nos gustaba ver en la pantalla su alada silueta, su elegante perfil, aquel su aire ingrátido y deslizante, nos alegrará admirarla otra vez, arrellenados cómodamente en nuestra butaca. La universal clientela del cine está, pues, de enhorabuena. La actriz Grace Kelly, un tanto inexpresiva y fría, pero sincera, aumentará el deleite --ya no digamos

Caperucita--, ¿se siente amenazada del lobo feroz y busca una baza de propaganda, de notoriedad, que la preserve de riesgos posibles? ¿Remendar un balance intranquilizador con un contrato fabuloso? ¿Ceder a la vocación original y matar la nostalgia de los Estudios? Ninguna razón me parece lo bastante poderosa para sentirme indulgente. A la idea, sin duda anticuada, que yo tengo de los príncipes, se le hace un poco cuesta arriba la promiscuidad en el ejercicio de una profesión, aunque sea tan noble como la del artista, con la angusta misión de reinar. No se puede ser princesa por las mañanas y tener "otro cargo" por las tardes: cualquier función complementaria de aquélla corre el peligro de desdorarla. Para los ocios de las princesas se han hecho los clavicordios, los códices miniados, los bordados, los versos, los cuadros, la equitación y así, en esos menesteres, nos las describen los poetas y los pintores. Lo que pasa es que el oficio de princesa es, a la larga, mucho más difícil y espinoso que el de estrella. Hacer de princesa, siendo actriz, es, indudablemente, agradable. Quedarse de princesa siempre, imposibilitada de volver a su condición de actriz, parece que es ya menos divertido. Eso, sí: el arte de representar tentó transitoriamente a más de una y de dos testas coronadas, aunque no lo practicaron sino en el círculo de sus íntimos, en su minúsculo Triánón. Pese a tantas reservas y limitaciones, los polvos de "Las bodas de Figaro" trajeron consigo los lodos del juego de pelota. Porque la verdad es que a los súbditos--monegascos inclusive--no suele agradarles que sus príncipes se diviertan de esa manera. Les dejan beber más de la cuenta, pero se desasosiegan si los ven disfrazados. La eterna oposición de Cánovas del Castillo a que Alfonso XII fuese de máscara a un baile de carnaval, estaba justificadísima y cuando el Príncipe de Gales, al paso del Ecuador, se vistió como nunca debiera de haberlo hecho, los sumos sacerdotes de la Corona británica pusieron el grito en el cielo.



la curiosidad-- de sus innumerables seguidores. Desde ese punto de vista, señalamos con piedra blanca su retorno. Ahora bien: yo no soy monegasco y si escribo estas líneas es para preguntarme públicamente hasta qué punto quienes lo son considerarán compatibles la corona de la princesa y los "Oscar" de la estrella, los emolumentos de la lista civil y los de la artista; la sonrisa desde los balcones de su palacio a sus leales súbditos y desde las sala cinematográfica a sus espectadores.

Mónaco es un país pequeño, liberal y comprensivo. Su fortaleza se apoya en las ajenas debilidades. Vive por esa proclividad humana a la mollicie de la temperatura benigna, del cielo radiante, de la exención de impuestos, del azar. Un monegasco no se escandaliza nunca por pequeñas cosas. Sus calles las han paseado reyes en vacaciones, de picos pardos, grandes duques calaveras, magnates de todos los colores, amantes, libres de extradiación por la fuga o el rapto. De toda esa heteróclita fauna, ha llenado sus lujosos hoteles, mientras, con la cagnotte del bacarrá, suplía la odiosa contribución de utilidades. El monegasco ha visto y vivido mucho; pero no me extrañaría que frunciere el ceño, ante esta actitud de la princesa. En realidad, ¿qué puede motivarla? Razones políticas, según algunos comentaristas insinúan? Mónaco --pobre

No resulta fácil coonestar, por tanto, el papel de ladrona con la prestancia y majestad que impone la Corte y ni estamos muy seguros de que el buen monegasco, siempre dispuesto a batir palmas, se entusiasme mucho cuando vea a su princesa piratear Carteras, joyas o títulos de valores, ni sabemos tampoco cómo el centinela que le presenta armas se las arreglará para guardar su compostura y disciplina, si la contempló la noche antes abriendo con malas artes la caja fuerte del Banco Internacional. Si al menos se tratase de revivir --en una segunda edición-- "El Cisne", u otro tema análogo... En la comedia de Molnar, Grace era una princesa, y lo era con tal encanto, que se comprende cómo del mundo de ficción fué llamada al de la realidad. Desde entonces, parece ser que en Palacio entraba literatura subversiva. No folletos comunistas ni incendiarios, no. Guiones, guiones cinematográficos. "Hichtok", decía el remitente --Ah, qué filtro envenenado.... Grace los devoraba a hurtadillas y, al parecer, soportó impávida la lectura de muchos que le entregaban clandestinamente sus dueñas o, para mejor adaptarse a la terminología de hoy, sus secretarías. Y de improviso, a uno que, a su juicio, le proporcionaba excepcionales oportunidades de lucirse, se rindió. En nuestro humilde criterio, se equivoca. La mayor ocasión de lucirse se la ofreció la vida cuando la robó a Beverly Hills y en el "Constitution" --del que yo era ocasional viajero-- la trajo a Mónaco. Yo estaba a su lado mientras ella, espiada por el pasaje-- tras cada tarta se escondía una Leika-- asomó, rodeada de sus deudos, azorada, cándida, bajo una gran pamea, al puente de primera clase. El príncipe Rainiero--novio impaciente-- caracoleaba en su lancha motora sobre las aguas mediterráneas y el pequeño puerto de Mónaco se empavesaba para la bienvenida. Grace va a desandar este otoño el camino que recorrió hace unos años. Aquí, en su suelo de adopción, se le recibió como una princesa que había sido actriz. Ahora, en el de California, se le recibirá como una actriz que ha sido princesa. A fin de que supiéramos a qué atenernos, me gustaría --lo reconozco-- que tan fascinante y admirable criatura se decidiese definitivamente por una de las dos cosas.

Año 1962
Correo Español

Bulbas

24 abril

133

(S)

e